

CAPÍTULO XXVI

Derrota de la flota mejicana.—Ocupacion de las calzadas y principio del sitio de Méjico.—Terribles combates.—Recibe Cortés un refuerzo de cincuenta mil hombres enviados por el rey de Texcoco.—Los otomites y los xochimilcos se unen á los españoles.—Incendio de los palacios.—Valor de los sitiados.—Se construyen barracas en el campamento de Cortés.

1521. Siete dias llevaban de haber establecido
Mayo. sus campamentos Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, cuando salió de Texcoco la tercera division, bajo las órdenes de Gonzalo de Sandoval.

Era el 31 de Mayo, un dia despues de la festividad de Corpus. El jóven y valiente capitán salió al rayar el alba al frente de su division. Tenia órden, como se ha dicho en el capítulo anterior, de pasar por Iztapalapan y acabar de destruir la ciudad, para no dejar á la espalda un

enemigo poderoso. Despues debia marchar á unirse con Cristóbal Olid en Coyohuacan.

La division emprendió su marcha por entre cultivadas campiñas y pueblos amigos, encontrando á su paso abundantes víveres y entusiasta acogida. En Chalco se agregaron á las tropas con que Sandoval habia salido de Texcoco, todas las de la provincia, las de Huexotzinco y de Cholula, que allí tenian orden de esperarle, y continuó su camino sin haberse detenido mas que un instante.

La fuerza aliada que llevaba excedia de treinta y cinco mil hombres (1). Ningun ejército mejicano salió á disputarle el paso; pero al llegar á corta distancia de Iztapalapan, vió numerosos escuadrones que le esperaban en orden de batalla, dispuestos á medir con él sus armas. Pronto se trabó una sangrienta lucha, en que los mejicanos, recibiendo continuos refuerzos de Méjico, combatian valerosamente. Largo tiempo duró la accion; pero vencidos al fin los aztecas, se vieron arrojados de la ciudad, acogiéndose á las canoas para salvarse. La poblacion fué entregada al saqueo y á las llamas.

En los momentos en que el incendio devoraba los edificios y reducía á cenizas las frágiles casas de los humildes barrios, Hernan Cortés, que fué el último que salió de Texcoco con su escuadra, llegaba á toda vela y remo, con sus veleros bergantines, al pié de un pico fuerte y alto, situado en el agua, dentro de la laguna de Texcoco, y próximo á Iztapalapan. Este fragoso pico, que despues fué conocido con el nombre de «el peñon del Marqués»,

(1) «Iban con él mas de treinta y cinco ó cuarenta mil hombres nuestros amigos.» — Tercera carta de Cortés.

en memoria de haberlo tomado el caudillo español, que mas tarde adquirió este título, se hallaba defendido por una fuerza respetable de guerreros mejicanos. Al acercarse la flotilla española, hicieron grandes ahumadas en la parte mas elevada, avisando así que los pueblos se dispusiesen á combatirla. Cuando llegó á estar debajo del peñon, enviaron sobre ella una tempestad de flechas y piedras, al son de los instrumentos bélicos, y en medio de los silbidos, de las provocaciones y de los horribles alaridos de guerra.

El objeto de Cortés habia sido dirigirse á destruir la parte de Iztapalapan, situada en el agua; pero al encontrarse con aquel peñon, guarnecido por contrarios, resolvió atacarlo y dejar libre de enemigos la laguna.

Al pensamiento siguió inmediatamente la ejecucion. Saltó de los bergantines con ciento cincuenta hombres, y emprendió la difícil subida del cerro, en medio de un aguacero de armas arrojadas, que lanzaban sin cesar los contrarios. A lo fragoso del terreno se agregaban las dificultades del arte. Los defensores habian construido espesas trincheras en la cima del peñon; pero todos los obstáculos fueron vencidos por los asaltantes, que al fin se apoderaron del cerro, pasando á cuchillo á toda la guarnicion. En lo mas alto encontraron un número considerable de mujeres y de niños, á quienes se perdonó, sin hacerles el mas leve daño (1).

(1) Solís dice que fueron mas los perdonados que los que murieron; pero en esto sufre un error, como se ve por las siguientes palabras de Hernan Cortés, que mandó la accion y se apoderó del cerro:

«E entrámostes de tal manera, que ninguno de ellos se escapò, excepto las

Casi en los momentos en que alcanzaban los españoles el triunfo del peñon, se dejaron ver sobre la laguna, considerable número de canoas, cubiertas de guerreros que avanzaban velozmente hácia donde estaban los bergantines. Era la escuadra mejicana, que, al ver la señal hecha del peñon, habia salido de los surgideros de Méjico, á disputar el dominio del lago á los que trataban de enseñorearse de él. Se componia de las canoas de Xochimilco, Coyohuacan, Iztapalapan, Churubusco, Mexicaltenco, y de otras muchas poblaciones edificadas sobre el agua ó próximas al lago. Difícil seria poder fijar su número; pero debe suponerse que excederia al mayor que hasta entonces se habia presentado á la vista de los españoles (1).

Hernan Cortés se apresuró á volver á sus bajeles para disponer el combate naval. La escuadra mejicana habia avanzado entretanto, ocupando una inmensa extension de la laguna y marchando á toda fuerza de remo.

El general español mandó á los capitanes de los barcos que permaneciesen quietos, á fin de que los contrarios cobrasen confianza para atacarles. Consideraba, haciendo uso de sus mismas palabras, «los bergantines como la llave de toda la guerra,» y tenia verdadero empeño en que el primer encuentro infundiese invencible terror en los me-

mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles; pero fué muy hermosa victoria.»—Tercera carta de Cortés.

(1) Bernal Diaz del Castillo dice que se juntaron tantas flotas que verdaderamente se hacian temibles por su número «porque eran mas de cuatro mil canoas». El cálculo de Cortés es mucho mas bajo, pues dice que «pasaban de quinientas canoas». Es de advertir que Bernal Diaz no iba en los bergantines, pues se hallaba con Pedro de Alvarado, en el campamento de Tacuba.

jicanos. La flota azteca continuó avanzando hácia la enemiga con admirable decision. Al llegar á la distancia de trescientas varas, hizo alto, en observacion de la actitud y órden que tomaban los bergantines españoles.

Hernan Cortés continuó quieto en su sitio, tratando de manifestar temor de entrar en combate con las numerosas canoas que enfrente tenia, á fin de infundir confianza en sus contrarios para que acometiesen. En aquellos momentos, en que ambas escuadras se contemplaban en silencio, sopló una brisa bonancible de tierra, rizando las ondas del grandioso lago. El jefe castellano miró el favorable viento como una protectora disposicion de la Providencia, y queriendo aprovechar el poderoso auxilio formó en ala sus bajeles, mandando á los capitanes que acometiesen inmediatamente á la flota contraria (1).

Los bergantines, henchidas de viento las velas, y cortando con maravillosa velocidad las suaves ondas del lago, marcharon con ímpetu terrible sobre la línea enemiga. No pudieron las planas canoas resistir el poderoso y violento choque, y centenares de ellas se vieron volcadas, sepultando á sus guerreros en el salobre lago, mientras otras, abiertas y destrozadas por el golpe, se iban llenando de agua, amenazando hundirse con los que dentro estaban. La confusion y el terror se esparció en la escuadra azteca, que habia visto irse á pique sus mejores embarcaciones. El lago se veia cubierto de remos abandonados que flota-

(1) «Plugo á nuestro Señor que, estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos.»—Tercera carta de Cortés.

ban sobre el agua; de pedazos de embarcaciones indias; de ahogados y de guerreros que, habiendo sido destrozadas sus piraguas, marchaban nadando hácia otras para acogerse á ellas y salvar la vida (1). La flota mejicana, viéndose despedazada, y conociendo que era imposible resistir el choque de los bergantines, emprendió la retirada, procurando, á fuerza de remo, refugiarse en las fortificaciones de la capital. La fuga no fué menos desastrosa que el combate naval. Las veleras naves, favorecidas por el viento, cortaban el agua con indecible rapidez, moviéndose hacia todas partes, á merced del piloto, mientras los soldados descargaban sus saetas y sus arcabuces, sembrando el estrago y aumentando el terror.

Casi toda la flota mejicana habia perecido. Solo una ligera parte de ella logró salvarse de la tenaz persecucion de los bergantines, que les siguieron hasta encerrarlos en la capital. La victoria excedió en resultados á las esperanzas y los deseos del afortunado general (2). Era dueño absoluto de la laguna. El terrible enemigo que hasta entonces le habia combatido impunemente desde el agua, quedaba vencido.

Estaba al terminar la tarde cuando los bergantines llegaron en persecucion de los restos de la flota mejicana, hasta las puertas de la capital azteca. Hernan Cortés mandó que se reuniesen los trece barcos, y navegando á ori-

(1) «Embostimos por medio dellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y en este alcance les seguimos bien tres leguas, fasta los encerrar en las casas de la ciudad; é así plugo á nuestro Señor de nos dar mayor y mejor victoria que nosotros habiamos pedido y deseado.»—Tercera carta de Cortés.

llas de la calzada meridional, dió fondo con su escuadrilla en un sitio próximo á un baluarte llamado Xoloc, actualmente puerta ó *garita* de San Antonio Abad, donde se reunian las calzadas de Iztapalapan y de Coyohuacan (1).

El general español, conociendo que seria importante apoderarse del referido baluarte, saltó á tierra con parte de su gente. Despues de un combate obstinado, el fuerte quedó en poder de los españoles.

El pensamiento de Cortés, al salir de Texcoco con los bergantines, habia sido acampar con Cristóbal de Olid en Coyohuacan, para disponer allí las operaciones del sitio; pero al apoderarse del fuerte Xoloc, cambió de parecer, encontrando aquel punto altamente ventajoso para el buen éxito de su empresa, y resolvió establecer en él su campamento. Con efecto, Xoloc tenia condiciones que favorecian los designios del caudillo español. Situado allí su cuartel, se hacia dueño de la principal calzada, así como de la de Coyohuacan, para comunicarse libremente con el campamento de Cristóbal de Olid, y se encontraba en posesion de la parte del lago por donde podian entrar mayores socorros á la capital. Próximo á Tacuba y á Coyohuacan, podia enviar auxilios á cualquiera de los dos campamentos, en el momento que los necesitasen, y dar sus órdenes con oportunidad. A estas ventajas se agregaba la no menos importante de su inmediacion á Méjico, pues esa proximidad contribuia á facilitar los asaltos.

(1) En Méjico se llaman *garitas* á las puertas que dan entrada á la ciudad. Así se dice: *garita* de San Antonio Abad, *garita* de Peralvillo, *garita* de San Cosme, etc.

Tomada la resolución de formar allí su cuartel general, mandó sacar de los buques tres cañones de fierro que situó sobre la calzada: avisó á Cristóbal de Olid que le enviase la mitad de la gente que tenia en su campamento, y á Gonzalo de Sandoval le ordenó que dejando Iztapalapan, se dirigiese á Coyohuacan, y le enviase desde este último punto, cincuenta soldados de infantería. Dictadas las anteriores órdenes, se ocupó de poner en buen estado de defensa la fortificación de Xoloc y en dar instrucciones á los capitanes que mandaban los bergantines, encargándoles que no descuidasen un solo instante la vigilancia (1).

Los mejicanos comprendieron toda la importancia del punto de Xoloc, desde el momento en que lo vieron en poder de los españoles. No lo habian conocido antes, y por lo mismo lo tuvieron, por decirlo así, desguarnecido. Anhelando recobrarlo á todo trance, se dispusieron á dar

(1) Desde este dia 31 de Mayo, empezó el sitio de Méjico. Clavijero, como he dicho en la nota anterior, pone que «Olid marchó á Coyohuacan el dia 30 de Mayo, consagrado aquel año á la solemnidad del Corpus, en el cual comenzó, segun el cómputo de Cortés, el asedio de la capital». Que siete dias antes por lo menos, esto es, el 23, se hallaba Olid en Coyohuacan, se ve por las siguientes palabras de Cortés: «Y aquel dia que Cristóbal de Olid se partió (separándose del campamento de Alvarado) para Coyohuacan, él y la gente llegaron á las diez del dia... E otro dia de mañana fueron á dar una vista á la calzada... y esto continuaron seis ó siete dias... Y como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las dos guarniciones deseaban mi llegada con los bergantines, como la salvacion.» Despues marca Cortés su salida de Texcoco y la de Sandoval, diciendo: «E otro dia, despues de la fiesta de Corpus-Cristi, viernes, al cuarto del alba, hice salir de Tesaico á Gonzalo de Sandoval... Como hube despachado el alguacil mayor, luego me metí en los bergantines y nos hicimos á la vela.» Como el dia de Corpus cayó en 30, y la salida de Cortés fué al siguiente, esto es, el 31, siete dias despues de estarle esperando los de los campamentos, resulta, segun el cómputo de Cortés

de noche un asalto, á pesar de no ser costumbre entre ellos combatir desde que se ocultaba el sol. Eran las doce de la noche, cuando millares de guerreros, en canoas unos y otros por la calzada, acometieron con ímpetu espantoso el campamento de Cortés. Los españoles, que siempre estaban apercebidos para el combate, recibieron á sus contrarios disparando sobre ellos sus ballestas y sus arcabuces. El combate se trabó de una manera terrible. Los mejicanos, dando horribles alaridos y sonando sus instrumentos de guerra, hacian esfuerzos inauditos por penetrar en el baluarte, arrojando un diluvio de flechas sobre sus contrarios. Grande era el conflicto en que se encontraban los castellanos al verse acometidos por todas partes y con terrible furia; pero resueltos á morir antes que abandonar el importante punto de que eran dueños, luchaban con heróico denuedo. Los bergantines, auxiliando á la corta guarnicion, disparaban sus falconetes sobre los asaltantes y canoas, causando considerable estrago. Los mejicanos, despues de haberse batido con tenacidad, se vieron pre-

respecto á la duracion del sitio, que empezó el 31, en que él cerró la calzada que faltaba por cubrir, pues de referirse al dia que acampó Olid, que fué hacia el 23, resultarían siete dias mas de los que él ponía de asedio. Que no fué el dia 30 sino hácia el 23, cuando acampó Sandoval, se ve tambien por lo que dice Bernal Diaz. Asegura éste que la division de Alvarado en que él iba, y la de Sandoval, salieron de Texcoco el 13, y cinco que tardaron hasta llegar á Tacuba y atacar á Chapultepec, son 18, y cinco dias que debieron estar juntos entre el ataque que dieron en la calzada y entre componer algunos malos pasos, pues en esto último se tardaron, segun Cortés, «tres ó cuatro dias», resulta que Sandoval acampó, sin duda ninguna hácia el 23, y de ninguna manera el 30. Ciertamente es que Cortés dice que el sitio empezó el dia 30 de Mayo y que salió el 31; pero bien puede ser esto una errata de fecha del editor de poner 30 en vez de 31, pues incluyendo este dia en la cuenta, resultan hasta el 13 de Agosto, los setenta y cinco que duró el sitio.